MÁS REESCRITURAS DEL CUENTO DE EL TESORO FATAL (AT 763): DEL ORTO DO ESPOSO, VICENTE FERRER Y HANS SACHS A EÇA DE QUEIROZ, WILLIAM FAULKNER Y MAX AUB

José Manuel Pedrosa Universidad de Alcalá

El tesoro fatal es uno de los tipos narrativos que mejor pueden ilustrar la extraordinaria capacidad de la tradición literaria de perpetuarse y de renovarse siempre a sí misma, de emerger en tiempos, lugares, lenguas y tradiciones distintas, revestido de apariencias y de ornatos diferentes, pero manteniendo siempre una señas de identidad argumentales e ideológicas inconfundibles. Fue identificado como tipo cuentístico número 763 en el monumental catálogo de los cuentos folclóricos universales de Antti Aarne y Stith Thompson, que lo resumieron de este modo:

Los hombres que encuentran un tesoro y se matan el uno al otro: dos cazadores encuentran un tesoro. Uno de ellos echa veneno en el vino del otro, pero el otro le mata, bebe el vino y muere.

Traduzco de Antti Aarne y Stith Thompson, The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography [FF Communications 184] 2ª revisión, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 1981, núm. 763. Véase además Stith Thompson, Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends, ed. rev. y aum., 6 vols., Bloomington & Indianapolis-Copenhague, Indiana University-Rosenkilde & Bagger, 1955-1958, núm. K1685.

Sus variantes orales han sido documentadas en tradiciones que van desde Rusia hasta diversos países árabes, y desde Suecia hasta Brasil o Corea. Y sus recreaciones literarias han sido tan abundantes como hermosas, con hitos como la celebérrima que realizó, a finales del siglo XIV, el inglés Geoffrey Chaucer en el *Pardoner's Tale* o *Cuento del vendedor de bulas* de *The Canterbury Tales* (*Los cuentos de Canterbury*).

En un estudio anterior² analicé un buen número de versiones multiculturales del cuento, haciendo referencia, en primer lugar, a los textos indios, persas, árabes y europeos, de todas las épocas, que fueron aducidos en un artículo ya clásico de René Basset³, así como a las versiones medievales, renacentistas y barrocas, algunas de ellas puestas por escrito en la Península Ibérica, que fueron también estudiadas en otro eruditísimo artículo de José Fradejas Lebrero⁴. Entre las reescrituras citadas por este último figuraban un cuento indio, otro de Abubéquer de Tortosa, varios latinos incluidos en exemplarios medievales europeos, varias novella italianas, un cuento morisco aljamiado del siglo XVI y otro cuento adaptado del italiano al español por Francisco Diego Santos en Los gigantones de Madrid (1666). Además, analicé en aquella ocasión otro paralelo de El tesoro fatal incluido en el cuento de El ankus del rey de The Second Jungle Book (El segundo Libro de la Selva) de Rudyard Kipling, o el que informaba una interesantísima leyenda viva hasta hoy en la tradición foclórica del pueblo andaluz de Priego de Córdoba.

Quedaron entonces por identificar y por analizar diversos textos que pueden dar una idea aún más amplia y significativa de la proyección multigeográfica y multicultural de este cuento, y de la fascinación que ha ejercido sobre escritores de muchas épocas y lugares, que se han mostrado empeñados, casi hasta hoy, en tomarlo como modelo para su propia literatura.

² José Manuel Pedrosa, «¿Existe el hipercuento?: Chaucer, una leyenda andaluza y la historia de *El tesoro fatal* (AT 763)», *Revista de Poética Medieval*, 2 (1998), pp. 195-223.

³ R. Basset, «Jesus et les pains», en su artículo «Contes et légendes arabes», *Revue des Traditions Populaires*, 14 (1899), pp. 438-442, pp. 438-440, núm. CCXXXVII.

José Fradejas Lebrero, «El tesoro fatal», *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes* III, Madrid, Universidad de Oviedo-Gredos, 1987, pp. 471-483.

1. El Orto do esposo portugués (siglos XIV-XV)

Una de las versiones de *El tesoro fatal* más tempranamente documentadas en cualquier lengua vernácula europea es la que se halla contenida en el *Orto do esposo*, una colección de relatos y de *exempla* portugueses de finales del siglo XIV o de comienzos del siglo XV, que fue puesta por escrito prácticamente al mismo tiempo que Chaucer terminaba sus *Canterbury Tales*. He aquí su traducción al castellano:

Exemplo. Cuentan las historias antiguas que en Roma había cuatro ladrones. Y, andando una noche a robar, sintieron a la justicia y huyeron, y se escondieron en una cueva, y cuando vino la luz, halláronse en una casa abovedada muy hermosa y hallaron en ella un monumento de mármol muy hermoso. Y dijeron entre sí:

- Este monumento fue de algún hombre noble y rico. Abrámoslo y veamos si hallaremos aquí algún bien, puesto que en otros tiempos se acostumbraba a enterrar a los grandes hombres con dones y cosas de gran precio.

Entonces abrieron el monumento y hallaron el monumento lleno de oro y de plata y de piedras preciosas y de vasos y de copas de oro muy hermosas. Y entre ellas había una copa muy hermosa y mayor que todas las demás. Cuando esto hallaron, dijeron entre sí:

- Ahora somos ricos y de buena ventura, y seremos ricos para siempre, nosotros y nuestros hijos, pero sería bueno que alguno de nosotros fuese a la villa a por comida.

Y cada uno se excusaba, diciendo que era conocido en la ciudad y que temía que allí le ahorcaran. Al final dijo uno de ellos:

- Si me diereis aquella copa mayor y mejor, yo iré a por los víveres.

Y los otros aceptaron. Y él fue a traer de comer. Y, yendo por el camino llevando la comida, se ocupó de meter en ella veneno, de forma que, cuando la comieran sus compañeros, murieran y se quedase él todo lo que hallaron en el monumento. Y los tres ladrones que se quedaron, en cuanto él se fue, hablaron entre sí y dijeron:

- Aquél era nuestro compañero, y no quiso ir por los víveres a menos que le diésemos la copa mejor. Matémoslo y todos los bienes se quedarán para nosotros.

Y dijo uno de ellos:

- ¿Cómo le mataremos sin peligro, puesto que él es más esforzado que nosotros?

Respondió el otro y dijo:

- Cuando él venga, digámosle que entre dentro y que tome la copa, y, cuando se meta dentro, tiremos el madero que sostiene las piedras, y caerán las piedras sobre él y morirá.

- Y, cuando vino el otro, hiciéronlo así, y se quedó entonces muerto. Y ellos dijeron:
- Comamos y bebamos y después partiremos los bienes entre nosotros. Y comenzaron a comer la carne que el otro trajo, y murieron con el veneno que en ella había.

Y esto aconteció en el tiempo del papa que tuvo el nombre de León⁵.

2. De San Jerónimo a San Vicente Ferrer

En España, la primera documentación en lengua vernácula del cuento AT 763 no es muy posterior a las versiones inglesa y portuguesa. Se halla inserta, a modo de ejemplo contra los peligros de la ambición y de la avaricia, en un sermón que fue pronunciado por San Vicente Ferrer (1350-1419) en el transcurso de su campaña de predicación por tierras de Castilla entre 1411 y 1412:

E aquí vos diré un fermoso enxienpro que se lee en Vitis patrum. Era un hermitaño muy santo omne e vevía en pobredat apostolical, que non tenía nada nin lo deseava. E vivía apartadamente en un desierto. E, catad, un día desçendía del desierto donde estava e veníasse para la çibdat por alguna cosa que avía mester. E veniendo por el camino, catad que a la sonbra de un árbor falló un grant talegón de florines, e estava çerrado, e non sabía qué cosa era. E diol' del pie e rebentaron los florines. E quando él lo vio, començo de foír quanto en el mundo podía contra la çiudat, diziendo a grandes vozes:

- ¡La muerte, la muerte!
- E llegando çerca de la çibdat, tres escuderos qui ende andavan, començaron a sacar sus espadas, diziendo:
 - ¿Qué cosa es esto, o por qué das assí tales vozes?

Eéldixo:

- Señores, porque vi estar la muerte allí so aquel árbor. ¡Señores, non vayades allá, por amor de Dios!

E ellos, como eran omnes valientes, dixieron:

- ¿Cómo non? Por cierto, allá iremos.

⁵ Traduzco de *Orto do esposo*, ed. B. Maler, Río de Janeiro, Ministerio da Educação e Cultura-Instituto Nacional do Livro, 1956, vol. I, pp. 240-241. Este texto medieval fue también reproducido, con el título de «Os quatro ladrões», en Teófilo Braga, Contos tradicionais do Povo Portugues, 2 vols., Lisboa, Dom Quixote, reed. 1987, p. 86. Sobre las relaciones entre los textos medievales portugués y de Chaucer, véase Frederick G. Williams, «Chaucer's *The Pardoner's Tale* and *The Tale of the Four Thieves* from Portugal's *Orto do esposo* compared», *Bulletin des Études Portugaises et Bresiliennes*, 44-45 (1983-1985), pp. 93-107. Deseo agradecer a José Joaquim Dias Marques sus informaciones y consejos sobre las versiones portuguesas de *El tesoro fatal* comentadas en este artículo.

E aperçibiéronsse para ir allá ver qué cosa era. E llegaron çerca al árbor e non vieron otra cosa sinon el talegón de los florines, e dixieron:

- ¿Vees qué viejo loco, que va diziendo: «¡La muerte, la muerte!»? Ésta non es la muerte, mas es la vida.

E apartáronse del camino a partirlos. E començaron de contarlos e eran muchos, que pienso que eran más de cinco mil florines. E dixieron:

— Mucha moneda es ésta; e piensso que quando la ayamos partida será tienpo de yantar. Por tanto, vaya uno de nosotros a villa a traer de comer e quedarán los otros dos a guardar los florines.

E fue el uno e quedaron los dos. E mientras él allá, dixo el uno al otro:

- ¡O, cómo seríamos de buena ventura si partiéssemos tú e yo estos florines e que non diéssemos al otro nada!

E el otro respondió e dixo:

- Yo te diré cómo sea: desque el otro viniere con la vianda, yo le daré un grand canto por de çaga en la cabeça e matarlo hemos, e asconderlo hemos en este monte. E partiremos tú e yo los florines.

E delibraron de lo fazer assí. E cata que al otro que iva a traer de comer fablóle el diablo en el coraçón e dixo entre sí mismo:

- ¡O, si fuessen míos todos estos florines, cómo sería rico o de buena ventura!

E imaginó cómo matase a los otros. E dixo en su coraçón: «- Yo conpraré del rejalgar e echarlo he en la vianda que llevaré para ellos; e yo fartarme he de buena vianda ante que a ellos vaya, e ellos morrán con la vianda que les yo daré, e assí fincarán comigo todos los florines».

E fízolo assí. E assí como llegó con la vianda a los conpañeros, en llegando diéronle con un canto en la cabeça e matáronlo. E, él muerto, dixieron:

- Agora partamos nosotros los florines.

E desque los ovieron partidos, començaron a comer de la vianda que el otro les avía traído. E el rejalgar començó de fazer su obra e fincharon el uno de un cabo e el otro del otro. E desque esto vieron, pararon mientes e cognosçieron que el hermitaño avía dicho verdat. E mirando a la moneda, començaron a dezir:

- ¡La muerte, la muerte!

E diziendo esto, se les salieron las almas de los cuerpos e llevárongelas los diablos al infierno.

Sigo la edición de Mª Jesús Lacarra, Cuento y novela corta en España I. Edad Media, Barcelona, Crítica, 1999, núm. 45. La misma versión fue antes editada en Pedro M. Cátedra, «Los exempla de los sermones castellanos de San Vicente Ferrer», Homenaje al profesor José Fradejas Lebrero, 2 vols., eds. J. Romera Castillo, A. Freire López y A. Lorente Medina, Madrid, UNED, 1993, I, pp. 59-94, núm. 16.

Mª Jesús Lacarra ha contribuido a enmarcar este relato dentro de sus complejas coordenadas multiculturales señalando que la vigorosa versión vicentina de *El tesoro fatal* es un paralelo

de un cuento con una amplísima difusión folclórica (El-Shamy 1995) y con recreaciones literarias en diversas lenguas (Canterbury Tales; Cento Novelle Antiche, 83), cuya versión más antigua posiblemente sea una jataka, relato de tradición budista. Tiene, sin embargo, una reelaboración cristiana, que arranca de San Jerónimo, y se recoge en diversos ejemplarios latinos, desde donde pudo llegar hasta San Vicente. Una versión muy próxima se encuentra en una colección latina de principios del siglo XV. La tradición religiosa acentúa el horror que siente el ermitaño por las riquezas, asociadas a la muerte espiritual, y claro presagio del trágico final de los escuderos. La moraleja en este caso es muy pesimista, pues se concluye que el dinero y la avaricia traen consigo la destrucción. Cuenta con numerosas versiones castellanas... San Vicente Ferrer también lo utiliza en uno de sus sermones catalanes?.

3. La muerte en el tronco de Hans Sachs

Sumamente revelador sobre la difusión multicultural de nuestro cuento y sobre su evolución a lo largo del tiempo puede ser conocer también otra de sus más hermosas e interesantes reelaboraciones, la que realizó el más grande y prolífico de los *meistersinger* alemanes del siglo XVI, Hans Sachs (1494-1576):

Un ermitaño encontró en un bosque un gran tesoro en un tronco, del que huyó en seguida; volvió en seguida y miró; luego volvió a huir de él.

Tres asesinos vieron ese tronco, vinieron y le preguntaron por qué había huido.

Él respondió: – En ese tronco he visto la muerte.

⁷ Ma J. Lacarra, Cuento y novela corta en España I, núm. 45.

Lo mataron porque creían que los engañaba. Los mismos, los tres, volvieron al tronco en donde habían visto el tesoro. Cogieron el oro y mandaron a uno de ellos a la ciudad para que comprase pan y vino; él se fue cuando ya era tarde. En cuanto se hubo ido, los otros dos se dijeron: Cuando nuestro compañero traiga el pan y el vino. lo mataremos entre los dos a escondidas; así nos quedaremos con el oro y nos lo repartiremos. Así lo decidieron entre los dos. Cuando el tercero trajo el vino y el pan viniendo de la ciudad, puso veneno en las botellas para que los otros se muriesen en cuanto bebiesen el vino para quedarse él con el tesoro. Cuando llegó al bosque, los otros dos lo asesinaron y, un poco alejados de la calle, lo echaron en un agujero y lo cubrieron con ramas. Luego se fueron de allí. Y estando sentados al lado del tesoro, tomaron el pan y el vino, bebieron y comieron contentos, sabiendo que se repartirían el oro después de comer. En cuanto bebieron de las botellas el veneno surtió efecto. de manera que ambos cayeron al suelo y murieron teniendo el tesoro en sus manos. Así pues, no era un engaño. La historia sobre la muerte en el tronco, pues los cuatro murieron. Por ello dice Salomón que la riqueza

a menudo trae desgracias a quien la toca. La riqueza provoca muchas desgracias y por ella perecen muchos⁸.

4. La Historia de las serpientes de Edward Topsel

Otra de las más hermosas y originales reelaboraciones literarias que se hayan hecho nunca de *El tesoro fatal* es la que apareció en un curioso libro titulado *The History of Serpents* (*La historia de las serpientes*), que vio la luz en Londres en 1608. El volumen es una traducción de la *Historia Animalium* de Gesner realizada por Edward Topsel. Pero, entre los relatos adaptados de su modelo, Topsel se las arregló para intercalar otros que le parecieron lo suficientemente curiosos e interesantes como para merecer llegar a conocimiento de su público. Sobre su versión de *El tesoro fatal*, advirtió que «yo he escuchado esta creíble historia de algunos hombres de buena condición y reputación, como sucedida hace unos doce años cerca de la costa occidental de Inglaterra».

Resumida en pocos párrafos, la historia tiene por protagonistas a un viejo pescador y a sus dos criados, que, en cierta ocasión, echaron sus redes a medianoche y no obtuvieron la recompensa de ningún pez. De repente, sin embargo, hizo su aparición un animal llamado «dragón de fuego» muy cerca de donde ellos estaban. Asustado por aquella aparición, el viejo decidió recoger las redes y huir, pero fue persuadido por sus dos criados, menos supersticiosos que él, para que se quedasen allí. Entonces el animal volvió a aparecer por segunda vez, dando vueltas alrededor del barco y pasando sobre las redes, de modo que, en esta ocasión, los tres se asustaron tanto que resolvieron no permanecer allí por más tiempo. Las redes, sin embargo, se quedaron enganchadas a algún objeto pesado del fondo, y sin poder librarse de la angustia de pensar que alguien había naufragado allí el día antes,

^{*}Traduzco de Hans Sachs, *Dichtungen* I, ed. K. Goedeke, Leipzig, F. U. Brodhaus, 1870, núm. 106, pp. 225-226. Agradezco la ayuda en la traducción a Luis Calvo Salgado. Sobre los paralelismos entre los cuentos de Chaucer y de Sachs, consúltese el trabajo de Walter Morris Hart, «The Pardoner's Tale and Der Dot im Stock», Modern Philology, 9 (1911-1912), pp. 17-22.

los tres hombres intentaron levantar el pesado objeto mediante garfios. Súbitamente, las redes subieron cargadas de oro fino... Entonces, cuenta Topsel,

el demonio entró en los corazones de sus dos sirvientes y conspiraron para matar a su anciano maestro, de modo que ellos se convirtieran en los poseedores de aquella gran riqueza, cuyo valor, según calcularon, les convertiría en caballeros y les permitiría mantenerse en algún otro lugar durante el resto de los días de su vida.

En consecuencia, uno de los criados mató al anciano, y después el otro le arrojó al mar. Acto seguido, navegaron ambos hacia la costa de Francia, y a las tres o las cuatro de la tarde del día siguiente avistaron un puerto de Bretaña. Cuando se dirigían hacia él, una nave de guardia intentó abordarles para saber de dónde procedían, pero ellos evitaron el encuentro y siguieron adelante para intentar tomar tierra sin tener que dar cuenta de lo que llevaban en su barco. Disparos y una nave les persiguieron y, en la lucha que se entabló posteriormente, uno de los sirvientes fue abatido, mientras que el otro quedó mortalmente herido. Antes de morir, sin embargo, le dio tiempo a abrir el cofre que llevaban a bordo y a relatar la historia de su horrendo crimen.

Tal y como señaló, hace ya mucho tiempo, Whitney Wells,

los paralelismos con la historia de Chaucer son inmediatamente aparentes –el motivo de fondo de la avaricia, el número de personajes concernidos, el complot deliberado para matar al otro, y la muerte de los tres-9.

5. O Thesoiro de José Maria Eça de Queiroz

Otra hermosa recreación del cuento de *El tesoro fatal* es la que se debe a la pluma del gran narrador portugués José Maria Eça de Queiroz (1845-1900), que logró insuflar en su relato una carga adicional de dramatismo, convirtiendo en hermanos a los protagonistas de su escalofriante cuento *O Thesoiro* (*El tesoro*).

⁹ Resumo el texto y copio los comentarios a partir de la síntesis publicada en Whitney Wells, «An Unnoted Analogue to the *Pardoner's Tale*», *Modern Philology*, 25:2 (1927), pp. 163-164.

El escenario de su relato es, curiosamente, la región asturiana. Y los nombres de los tres hermanos protagonistas son Ruy, Guannes y Rostabal, hijos de una familia de la hidalguía vieja del lugar, muy venida a menos y sumida prácticamente en la miseria. Cierto día en que los tres jóvenes habían salido de su casa de Medranhos, encontraron un viejo cofre dentro de una cueva. El cofre

conservaba sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapadera, malamente descifrable a través del óxido, había un dístico en letras árabes. ¡Y dentro, hasta los bordes, estaba lleno de doblones de oro!0!

Incapaces de fiarse uno del otro, y conscientes los tres hermanos de los malos sentimientos y de la avaricia que anidaba en el corazón de sí mismos y de los demás, acordaron cerrar el cofre y quedarse cada uno con una de las llaves, mientras Guannes se acercaba a la villa vecina de Retortillo para comprar alimentos y los otros dos se quedaban custodiando el tesoro. Como era previsible, apenas partió Guannes para el pueblo, sus dos hermanos comenzaron a murmurar sobre su carácter dilapidador, y llegaron a la conclusión de que, si hubiera sido Guannes quien hubiera encontrado aquellas riquezas él sólo, nunca las hubiera repartido con sus hermanos. Además,

- Cuando el año pasado, si te acuerdas, ganó los cien ducados al espadero de Fresno, no me quiso prestar tres para comprar un jubón nuevo¹¹.

De este modo se fue abriendo paso en la mente de ambos hermanos la idea de tender una emboscada a Guannes a su regreso, de matarle y de arrebatarle su llave para quedarse ellos con el tesoro. Todo sucedió de acuerdo con este plan, aunque, apenas concluido, Ruy se las arregló para matar a Rostabal al pie de la fuente que fue mudo testigo de sus crímenes. Ruy intentó justificarse y tranquilizarse a sí mismo prometiéndose que con las riquezas adquiridas mandaría decir muchas misas por las almas de sus hermanos, sobre los que pensaba difundir la noticia de que habían marchado lejos, lleva-

Traduzco de Eça de Queiroz, «O Thesoiro», en Contos, Lisboa, Livraria Lello & Irmão, 1944, pp. 119-130, p. 120.

Traduzco de Eça de Queiroz, «O Thesoiro», p. 123.

dos del deseo de luchar contra los turcos. Hambriento, el único sobreviviente consume entonces el vino y el capón asado que su hermano Guannes había traído en sus alforjas; pero, mientras se halla cargando el oro sobre una de las cabalgaduras, comienza a sentir un asfixiante dolor en el pecho. A medida que los dolores se hacen más agudos, va cayendo en la cuenta de que ha sido mortalmente envenenado por la comida que trajo consigo su hermano.

Anocheció. Dos cuervos de entre el bando que graznaba, allá en la floresta, se habían posado ya sobre el cuerpo de Guannes. La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrado en la hierba oscura, el rostro de Ruy se volvió negro. Una estrellita relucía en el cielo. El tesoro está todavía allí, en el bosque de Roquelanes¹².

6. Los Lagartos en el patio de Jamshyd y El villorio de William Faulkner

Lizards in Jamshyd's Courtyard (Lagartos en el patio de Jamshyd) es un relato breve que el gran narrador norteamericano William Faulkner (1897-1962) publicó en el periódico Post en 1932¹³, y que años más tarde refundiría y reelaboraría en su célebre novela The Hamlet (El villorio), considerada por muchos como su obra maestra.

Los críticos han visto, con toda razón, la influencia innegable del cuento de El tesoro fatal, y, muy en concreto, de la versión inglesa de Chaucer – que Faulkner conocía sin duda muy bien-, en la tenebrosa historia relatada en el cuento y en el final de la novela de Faulkner¹⁴. Los enloquecidos esfuerzos de Vernon, Suratt y Armstid –en el cuento–, o de Ratliff, Bookwright y Armstid -en la novela- por desenterrar el tesoro que creen oculto en un baldío terreno que compran, tras vender todo lo que poseen, al astuto y enigmático Flem Snopes, llevará a los tres a la ruina, y a Armstid incluso a la locura. En cualquier caso, a mí me parece claro que, tan decisivo como el modelo de Chaucer y de su Cuento del vendedor de bulas, es, en los dos

Traduzco de Eça de Queiroz, «O Thesoiro», p. 130.

La traducción española puede leerse en William Faulkner, Relatos, trad. J. Zulaika Goicoechea, Barcelona, Anagrama, reed., 1997, pp. 139-154.

Véase, por ejemplo, Mary Flowers Braswell, «Pardners Alike: William Faulkner's Use of The Pardoner's Tale», English Language Notes, 23:1 (1985), pp. 66-70.

relatos de Faulkner, el de las dos parábolas pronunciadas por Cristo en *San Mateo* 13:44 y 45-46 –que cuentan con muchos más paralelos, aparte del de Faulkner, en la literatura y en el folclore de todas partes¹⁵—:

Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que, encontrándolo un hombre, lo esconde y, lleno de alegría, va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

Es semejante también el reino de los cielos a un mercader que busca perlas hermosas y, habiendo encontrado una de gran valor, se va, vende todo cuanto tiene y la compra.

Aunque los relatos de Faulkner no terminan, como en la mayoría de las versiones de *El tesoro fatal*, con las consabidas muertes por acuchillamiento y envenenamiento entre los ladrones, las reminiscencias de aquel modelo son obvias. La descripción de la codicia que mueve a todos los personajes creados por el narrador norteamericano es absolutamente memorable. Cuando, en *El villorio*, Ratliff, Bookwright y Armstid empiezan a concebir sospechas de que en la Casa del Viejo Francés hay un tesoro escondido –porque saben que el propietario, el huraño Flem Snopes, pasa las noches cavando en el terreno–, y se introducen, también de noche, en el lugar para intentar llegar ellos antes al tesoro, el simple uso de una pala provoca altercados como el siguiente:

Bookwright y él hallaron la pala al mismo tiempo. Luego, ya en pie, siguieron forcejeando por ella, tirando de un lado y de otro, la respiración entrecortada y contenida, oyendo incluso por encima de su propio respirar el ruido rápido de la pala de Armstid ladera arriba¹⁶.

Cada vez más convencidos de que en el terreno se esconde un gran tesoro, los tres compañeros llevan al campo de Flem Snopes a un viejo zahorí que les indica el lugar de donde sacan un pequeño talego de dinero –más adelante descubrirán que era un simple cebo dejado allí por Flem Snopes—:

Sobre la tradición literaria de esta parábola evangélica, véase John Dominic Crossan, Finding is the First Act: Trove Folktales and Jesus' Treasure Parable, Filadelfia-Missoula, Fortress Press-Scholars Press, 1979, especialmente las pp. 73-122.

¹⁶ William Faulkner, *El villorio*, trad. L. López Muñoz, Madrid, Alfaguara, reed. 1995, p. 416.

Forcejearon para quedarse con él, tirando de aquí para allá, buscando un mejor agarradero, jadeantes.

-; Basta! -dijo Ratliff, casi sin aliento-.; Basta! ¿No somos socios los tres? -pero Armstid seguía tirando para arrancárselo a los otros, maldiciendo- Suelta. Odum...¹⁷.

Frente a los arrebatos de los tres cavadores, el viejo zahorí pronuncia unas palabras que podrían figurar en cualquier versión de *El tesoro fatal*:

Siento cuatro cuerpos agitados por la codicia –dijo el anciano–. La sangre de cuatro codiciosos de inmundicias¹⁸.

Tras el hallazgo de la bolsa de dinero, Ratliff, Bookwright y Armstid deciden vender sus posesiones y comprar –a un precio exorbitante– la destartalada Casa del Viejo Francés a Flem Snopes, con la oculta la intención de dedicarse ellos a buscar las riquezas que creen ocultas en el terreno sin ser importunados por nadie.

Finalmente, Ratliff y Bookwright caerán en la cuenta de que han sido hábilmente engañados por Snopes y de que han quedado arruinados de por vida; a Armstid, en cambio, su cada vez más furiosa locura le impedirá tomar conciencia de la realidad. El dramático fracaso de las ambiciones de los tres quedará grabado en párrafos tan excepcionales como el siguiente:

El pico de Bookwright subía y bajaba rítmicamente delante de él y siete metros más allá vio a Armstid hundido en el suelo hasta la cintura, como si le hubicran cortado en dos a la altura de las caderas, y el torso muerto, sin saber siquiera que estaba muerto, repitiera el gesto de agacharse y levantarse con la regularidad de un metrónomo, logrando así cavar su propia fosa en la tierra que le había dado el ser para convertirlo en un esclavo irrevocable hasta el día de la muerte.

7. Los avorazados de Max Aub

Localizado en un escenario mexicano, el cuento *Los avorazados*, escrito por el español –aunque nacido en París y exiliado en México desde 1942–

Faulkner, El villorrio, p. 420.

Faulkner, *El villorrio*, p. 420.

Faulkner, El villorrio, p. 436.

Max Aub (1903-1972) puede considerarse como otra de las más hermosas y dramáticas recreaciones literarias del cuento de *El tesoro fatal* que se hayan escrito nunca:

Genovevo Fernández Luque era cobrador de Industrias Generales, S. A. desde hacía quince años. Nacido en León, Guanajuato, había venido niño a la capital, con su padre.

Se casó, enviudó, cobrando facturas. Le gustaba su oficio; las calles y tanto andar. Tenía cierta libertad y buen sueldo. Un día, en la oficina, cuando hablaba con el cajero principal, se desmayó. Le llevaron a un sanatorio, le tuvieron allí, a la fuerza, tres días. La verdad, que le atendieron bastante mal. Añádase que las monjas no eran gentes de su gusto. Genovevo Fernández acababa de cumplir los cincuenta.

Al volver a la oficina, al día siguiente, lo llamó el gerente para ofrecerle un puesto subalterno en la caja. El informe del médico, aun haciendo
constar lo leve de la lesión cardíaca, admitía la posibilidad de nuevos
ataques, con pérdida del conocimiento, y la casa no quería correr el
riesgo de que su cobrador cayera en la calle con la bolsa repleta. Genovevo
tomó aquello como un insulto personal, pero tuvo buen cuidado de no
dejar traslucir su resentimiento. Mientras buscaban una persona de confianza que lo sustituyera, siguió efectuando los cobros de la negociación.

A los dos días se reunió con tres amigos en «El Amor de Pancho», cantina que frecuentaba muy de tarde en tarde. El Chacho, Damián Ruiz y Rubén Gordillo, el Pelón, eran conocidos suyos, con los que algún sábado solía tomar unas copas, y comer unos tacos en casa de Beatricita antes de ir al cine, insana diversión que era todo su lujo. Les propuso que lo asaltaran el día que les indicara. El asunto no ofrecía ningún peligro: él daría datos equivocados acerca del número y catadura de los bandidos. Se repartirían el dinero equitativamente: la mitad para él, la mitad para ellos. Quedaron de acuerdo.

El día señalado, un sábado, se encontraron en una calle desierta, a espaldas de una fábrica donde había cobrado ochenta mil pesos. Lo malo, les dijo, que se los habían pagado en billetes de diez mil, y nuevos, de los que seguramente tenían la numeración. Y, sin embargo, no había opción: seguramente la semana venidera reemplazarían a Genovevo. Lo mejor sería esconder el dinero algún tiempo, y luego, dentro de unos meses, irlos cambiando, tal vez en el extranjero. Al fin y al cabo un viaje a San Antonio no costaba tanto.

Amordazaron a Genovevo, según lo convenido, y le ataron las manos, después que les hubo entregado la cartera. Lo tumbaron con cuidado en el suelo y una vez allí, el Pelón le hundió un cuchillo en el pecho. - Por avorazado - dijo.

Y se fueron, tan tranquilos. Genovevo murió en seguida y no tuvo tiempo de quejarse de la patente ingratitud.

Los tres amigos decidieron seguir el consejo del difunto: fueron al Desierto de los Leones, se internaron en el monte, y, mientras Damián echaba agua, por si acaso se acercaba alguien, los otros dos cavaron un hoyo de regulares dimensiones. No habían comido nada desde la noche anterior, un tanto emocionados por la aventura. Les entró hambre y sed. El propio Damián les propuso descansar un rato mientras él se acercaba a los puestos por unas gorditas y cervezas. Sentados, tomando el fresco, entre los altos pinos nadie podía sospechar de ellos. El Chacho y el Pelón mostraron su conformidad y se pusiseron a platicar fumando unos cigarrillos. Mientras Damián iba cuesta abajo, resolvieron que lo mejor para hacer cuentas redondas sería meter a Damián en el hoyo y repartirse los billetes «fifty-fifty». Volvió el amigo con sus tortillas y cervezas «bien frías»; él ya se había tomado lo suyo allá abajo. Mientras comían le dijeron que siguiera cavando, ellos estarían ojo avizor. Muy quitado de la pena empezó a hacerlo el bueno de Damián. Así, de espaldas, no le costó ningún trabajo a Chacho meterle el fierro entre costilla y costilla. Cayó en el agujero, mirándoles con extrañeza, pero aún tuvo fuerzas para musitarles que no les iba a servir, que él había envenenado las cervezas, que iban a morir como perros.

- A mí no me madruga nadie.

Los billetes se pudrieron. Ellos, no; que hay manadas de perros por aquellos alrededores²⁰.

8. Versiones folclóricas ibéricas (Portugal, Asturias, País Vasco)

Para concluir nuestro seguimiento de los avatares del cuento de *El tesoro* fatal por tierras y tradiciones tan distintas como las que hemos recorrido, vamos ahora a referirnos o a conocer algunas versiones, documentadas en la tradición oral de la península Ibérica, que nos permitirán apreciar cómo el pueblo ha hecho también suya la casi universal fábula. No es, el de *El tesoro* fatal, un cuento que se haya localizado con frecuencia en el solar ibérico, donde, antes al contrario, sus versiones son excepcionalmente raras. Ello realza, si cabe, el interés de las que vamos a conocer a continuación.

Max Aub, «Los avorazados», en El zopilote y otros cuentos mexicanos, Barcelona-Buenos Aires, Edhasa, 1964, pp. 95-97.

Pese a su extraordinario interés, no nos vamos a detener en reproducir las hermosas y detalladísimas versiones folclóricas portuguesas recogidas por Francisco Xavier d'Athaide Oliveira²¹ ni por José Leite de Vasconcellos²². Su relativa extensión y el análisis, en este mismo estudio, de las versiones portuguesas del *Orto do esposo* y de Eça de Queiroz, aconsejan más bien atender a otras dos rarísimas versiones recogidas de la tradición oral de la península. La primera ha sido documentada, de este modo, en Asturias:

Eran tres que taban buscando un tesoro. Y encontraron el tesoro. Y uno de ellos, más espabilao, dijo él:

- Bueno, vosotros quedar ahí, que voy a buscar qué comer.

Y va el que se fue a buscar de comer y trajo la comida. Pero uno de los que había allí mató al compañero. Y cuando vino el de la comida, mata al de la comida. Y la comida que él traía taba envenenada; comió el de la comida y murió él después.

Eso ya me lo tienen contao haz muchos años²³.

La última versión de *El tesoro fatal* que vamos a conocer ha sido recogida de la tradición oral del País Vasco, y presenta la particularidad de estar protagonizada por Jesucristo, como muchas de las más viejas versiones orientales –protagonizadas muchas veces también por Buda– y medievales que se conocen de nuestro cuento:

Jesucristo y dos amigos caminaban por el monte cuando repararon en un arca llena de dinero.

Los dos amigos quisieron coger las monedas; mas Jesucristo les dijo: «Dejar ahí el dinero, puesto que su deseo desmesurado es causa de perdición del hombre». Al escuchar esto a Jesucristo, le obedecieron con gran pesar.

Pronto, detrás de estos hombres venían otros tres, quienes vieron, asimismo, el arca con el dinero, que lo cogieron para repartirlo entre ellos. En esto, uno de los tres partió a por comida, y una vez efectuada la

Oliveira, «O inferno», Contos tradicionães do Algarve, 2 vols., Tavira-Porto, Typographia Burocratica-Typographia Universal, 1900-1905, núm. 395.

En Vasconcellos, *Contos populares e lendas*, 2 vols., Coimbra, Universidad, 1963-1966, núm. 138.

²⁵ Versión de José Manuel Rodríguez Carreño, de 85 años, natural de Velasco (concejo de Illas), en Asturias, donde fue entrevistado por Jesús Suárez López y por A. A. P. el 25 de octubre de 1998, a quienes agradezco la cesión de la versión.

compra pensó quedarse con todo el tesoro, matando por envenenamiento de las viandas a los otros dos.

Por su parte, a los que se hallaban con el arca les ocurrió matar a un compañero y apropiarse del dinero. Así, al que se acercaba a las provisiones lo asesinaron a tiros. A continuación dieron cuenta de los alimentos y encontraron la muerte.

Más tarde, Jesucristo y sus amigos pasaron de nuevo por delante del arca y contemplaron los tres cadáveres, alegrándose de haber atendido la voluntad de Jesucristo, abandonando el arca con el dinero²⁴.

²⁴ Juan Garmendia Larrañaga, *El pensamiento mágico vasco*, s.l., Baroja, 1989, p. 61.